

zan si queremos obligarles. Se olvidan en primer lugar de que he pagado su manutencion, dando al rey diferentes objetos, fusiles, cronómetros, etc., que representan un valor de 2,000 pesos, y en segundo lugar, y esto es muy esencial, que las municiones de guerra están en nuestro poder. Un uso juicioso del palo que les dejamos entrever en perspectiva, arregla las cosas y atravesamos en cinco dias por un hermoso pais de montañas en que los sembrados alternan con los valdíos, una distancia de 30 millas que separan la capital del pueblo en que nos hallamos. Le hemos dado el nombre de Kari, que es el de uno de mis hombres, á causa de un suceso trágico que referiremos. Nuestras jornadas están organizadas de una manera casi uniforme. Cuando habíamos viajado durante cierto número de horas, Budya señalaba tal ó cual aldea para detenernos á pasar la noche, cuidando de no parar en las que pertenecian á la reina, para no promover alguna desagradable disputa entre Mtesa y su madre; y eligiendo por el contrario, las poblaciones cuyos jefes habian sido avisados recientemente por orden del rey. Donde quiera que llegáramos, sin embargo, los aldeanos huían, abandonando sus jardines y todo lo que poseian á la rapacidad de nuestra escolta. Poco á poco llegué á perder la esperanza de poner término á aquellas innobles prácticas: el rey las consentia, y sus súbditos entraban siempre los primeros para robar con una desvergüenza sin límites las cabras, las aves, las pieles, los mbugu, las conchas, las perlas de vidrio, los tambores, las lanzas, el tabaco, el pombé, y en una palabra, todo lo que veían. Aquella fue para ellos una verdadera campaña de merodeo, y todos iban cargados con cuanto podian llevar.

La necesidad de reunir las vacas que el rey nos daba, hizo indispensable detenernos en aquella poblacion donde hay estensas praderas: yo me habia puesto en acecho de alguna nueva caza, y ya habia herido á una zebra, cuando vinieron á decirme que uno de mis hombres llamado Kari acababa de ser asesinado á 3 millas del sitio en que nos encontráramos. Esto por desgracia era cierto. Se habia dejado convencer, así como algunos de mis hombres, para ir á saquear con una media docena de vuagandas de nuestra escolta, y habian elegido cierta aldea de alfareros, porque Budya reclamaba los vasos necesarios para fabricar vino de bananas, que es la primera ocupacion que se toma cuando se detiene la expedicion. Al acercarse á aquel pueblo, donde solo se veían mujeres, éstas en vez de huir como creían sin duda nuestros valientes, empezaron á gritar, y á sus voces acudieron los maridos dispuestos á defenderse vigorosamente. Nuestra gente solo pensó en echar á correr, y todos hubieran escapado si el pobre Kari hubiera estado mas prevenido ó hubiera llevado cargada su carabina. Los al-

fareros le alcanzaron, y viéndole apuntar hácia ellos con aquella arma que creían era un cuerno mágico, le mataron á lanzazos, y despues huyeron. Cuando llegó á nuestro campo la noticia del desastre, se envió un destacamento que nos trajo por la noche el cadáver de aquel desgraciado y todos sus efectos, porque nada le habian quitado.

En la noche del 12 al 13 de julio, Budya perdió dos vacas de las señaladas á su destacamento, y viendo que las nuestras estaban completas bajo los árboles á que las habíamos atado por un pie, trató de informarse de qué encantos nos habíamos valido para que no se escapasen, y nunca quiso creer que las cuerdas habian sido empleadas en vez de sortilegios. Informada una de las hermanas de la reina del asesinato de Kari, fué á manifestarnos su sentimiento y á llevarnos al mismo tiempo un cántaro de pombé que le fue pagado con vidrios. Habiéndole preguntado cuántas hermanas tenia la reina, contestó que ella sola podia llevar aquel título; pero cuando se le replicó que otras diez señoras á lo menos lo llevaban tambien, dijo bajando la voz:

«Es cierto; no soy la única, pero diciéndoos la verdad, me esponia á que me cortasen la cabeza.»

Tomé nota de estas palabras, porque indican la importancia que se da aquí á guardar los secretos de la corte.

Cansados de la lentitud de nuestro viaje, conferenciamos Grant y yo el 18 de julio en vista de la necesidad de reunirnos lo antes posible con Petherick, —si en realidad nos salia al encuentro,— y en vista de la particular situacion de mi compañero, á quien prohibia su pierna viajar de prisa, y nuestros planes quedaron completamente modificados. Convinimos en que Grant iria directamente al palacio de Kamrasi con las mercancías, el ganado y las mujeres; llevaria cartas mias y otra que dirigiria inmediatamente al Gani con sobre á Petherick; y yo entre tanto, marcharia rio arriba hácia su origen, es decir, hasta el punto en que sale del lago, y de allí volveria á bajar hasta donde fuese posible la navegacion.

Por tanto, al dia siguiente salimos juntos y nos separamos á las 3 millas. Grant se vuelve al Oeste por el camino real que conduce á la casa de Kamrasi, mientras que yo me dirijo hácia Urondogani, atravesando el Luayerri, gran canal de desagüe que tiene 3 millas de ancho y que es vadeable hasta cerca de la orilla derecha. Allí tuvimos que ir en barcos, y las vacas á nado, arrastrando consigo á aquellos de nuestros hombres que prefirieron agarrarse á su cola. El Luayerri es mayor que el Katonga y mas difícil de atravesar: en esta operacion empleamos cuatro horas, durante las cuales innumerables insectos devoraban nuestros hombros y nuestras piernas desnudas. Se nos dijo que el Luayerri nace en el lago y

va á unirse con el Nilo, precisamente al Norte del punto en que le hemos atravesado. Segun nos habian anunciado, debian abundar en la orilla derecha los búfalos silvestres, pero no vimos ninguno, aunque el pais está cubierto de vegetacion favorable á la caza y de hermosas praderas. Tal es el aspecto general de la comarca hasta Urondogani, escepto en algunos sitios en que los plátanos crecen con extraordinario vigor y son cultivados con tanto esmero como en cualquiera otra parte del Uganda. Por falta de guías, y engañados de intento por los solapados vuahumas que se encuentran en gran número ocupados en cuidar los ganados del monarca, nos separáramos á cada

instante del camino; así fue que llegamos en la mañana del 21 á la estacion de desembarco de donde habíamos salido.

21 de julio. *Urondogani*.—¡Por fin me encontraba en las orillas del Nilo! Nada mas hermoso que el espectáculo que tenia delante. Veía reunidos por la naturaleza todos los efectos de perspectiva á que aspira el propietario del parque mejor cuidado; una magnífica corriente de 600 á 700 metros de anchura; esmaltada de arrecifes y de islotes, unos ocupados por chozas de pescadores, otros por golondrinas de mar; cocodrilos que se calentaban al sol ó corrían por las elevadas orillas, cubiertas de espeso césped, y her-



Palacio de Kamrasi rey de Uñora.

mosos árboles entre los cuales veíamos vagar numerosos rebaños de antilopes, mientras que los hipopótamos bufaban en el agua, y á cada momento salían de entre nuestros pies floricanos y pintadas. Mlondo, comandante del distrito, estaba ausente por desgracia; pero nos posesionamos de sus estensas y bien conservadas chozas, y ya instalados en frente del rio, nos pareció que no seria desagradable una permanencia algo larga.

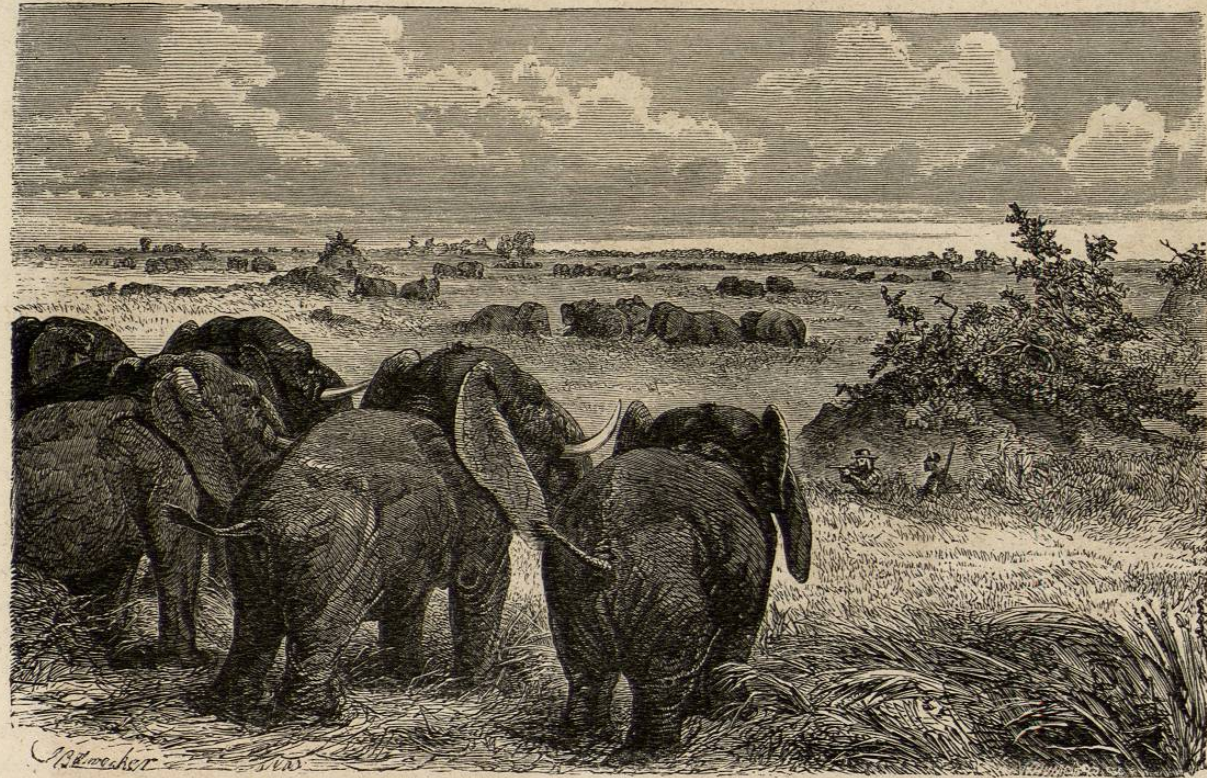
Teníamos en frente de nosotros un pais, que respecto á riqueza y hermosura forma completo contraste con el Uganda. Aquel pais se llama el Usaga, cuyos habitantes están armados de javelinas cortas con anchas puntas de hierro, mejor hechas, segun dicen mis gentes, para desenterrar patatas que para pelear contra los hombres. Hemos creído, al ver la devastacion de los campos que hemos atravesado en dos dias, que debe haber muchos elefantes en las in-

mediaciones, y me convencí de ello pocos dias despues, encontrándome metido en medio de las altas yerbas de las orillas del rio, y cazado, mas bien que cazador en medio de un rebaño de muchos centenares de aquellos animales. Los leones son tambien muy numerosos y muy temibles. Los antilopes abundan en los bosques, y los hipopótamos, que frecuentan con gusto los jardines plantados de plátanos, rara vez se dejan ver en tierra, lo cual consiste sin duda en sus hábitos feroces y vagabundos.

22 de julio.—El jefe de la estacion, escoltado de numerosos clientes, fué á ofrecernos sus homenajes y una vaca, una cabra y algunos jarros de pombé. Todas las barcas de la estacion, en número de siete, estarán dispuestas desde mañana, segun asegura, y hasta entonces se presentan multitud de guías para llevarme á los mejores puntos de caza.

23 de julio.—Solo han llegado tres barcas pareci-

das á las que se emplean en el lago Murchison. Cuando he pedido las otras, y al mismo tiempo una respuesta decisiva acerca de los medios de llegar á casa de Kamrasi, el jefe de la estacion ha manifestado vivos temores sobre los accidentes que podrian ocurrirnos, declarando que no queria llevarme. Por mas que le he dicho que estábamos conformes el rey y yo en establecer por el Nilo comunicaciones con Inglaterra, no he podido vencer su obstinada resistencia. Me he limitado pues á pedirle guias para ir rio arriba, y el 25 he llegado á las cataratas de Isam-



Rebaño de elefantes en los campos del Bahr el Abiad.

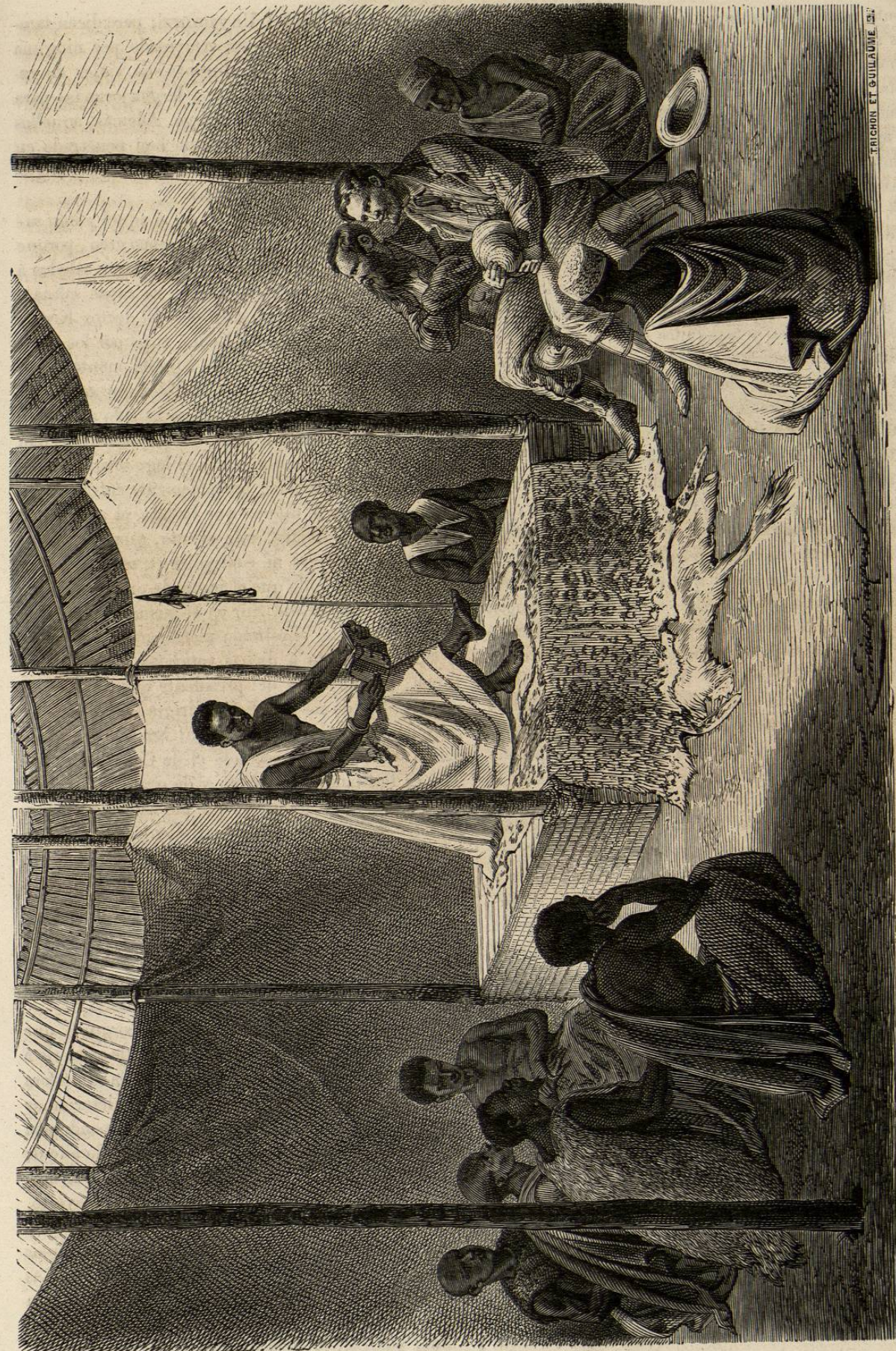
de espeso césped, de acacias, con sus contornos flotantes y de convólulos que estienden por todos lados sus guirnaldas de color de rosa. En los puntos donde el suelo ha bajado por efecto de las aguas, se ve un terreno rojo parecido al de Devonshire. La corriente se detiene aquí en un dique natural y forma una especie de estanque sombrío y siniestro donde se bañaban dos cocodrilos acechando su presa. El conjunto del cuadro era mas hechicero, mas salvaje, mas pasmoso que todo lo que he visto, escepto las decoraciones del teatro á las cuales se asemejaban. Echando un puente de una á otra orilla en un dia de luna, se tendria la escena mas á propósito para una cita de malvados, reunidos con objeto de llevar á cabo alguna infame empresa. Los vuanguanas mismos parecian

ba, al través de frondosos bosques y jardines de plátanos. Nango, á quien conozco hace tiempo, y que manda este distrito, nos ha regalado bananas en dulce, pescados secos y pombé. Los elefantes le amenazan muchas veces con sus visitas, segun dice, pero cuida de alejarlos por medio de talismanes, porque si llegaran á probar una sola banana, no saldrian del jardín hasta haberle destrozado por completo. Nos ha llevado á las cataratas mas próximas que son muy hermosas, pero muy estrechas. El agua del Nilo corre á gran profundidad entre aquellas orillas cubiertas

hallarse hechizados; ni uno de ellos pensó en alejarse hasta en el momento en que el hambre nos advirtió que iba á llegar la noche y que era hora de buscar abrigo.

28 de julio. *Cascadas de Ripon.*—Por último, despues de muchos trabajos, y atravesando un pais completamente destrozado por los elefantes, que cuando se hubieron comido todo lo que podia comerse, no han dejado en pie una cabaña ni un plátano, llegamos al fin del viaje á la misma latitud que el palacio del rey Mtesa, y á 40 millas de aquella real morada en direccion de Oriente.

Estábamos ya recompensados de nuestros trabajos, porque «las Piedras,» que es el nombre que los vuanguanas dan á las cataratas, presentaban el espec-



El rey de Kamrasi hojeando la Biblia.

táculo mas interesante que he encontrado en todos mis viajes por Africa. Aunque la travesía fue larga y penosa, todos echaron á correr para gozar de aquella vista. A pesar de la hermosura del paisaje, no era tal como yo me lo habia imaginado, porque la gran capa de agua del lago estaba oculta por una punta de las montañas inmediatas, y las cataratas, que tienen próximamente 12 pies de altura y 400 ó 500 de ancho, están cortadas por las rocas. Sin embargo, el ruido de las aguas, el frecuente saltar de los peces viajeros, los pescadores del Usaga y del Uganda que han ido en barco y se han apostado en todos los huecos de las rocas, los hipopótamos y los cocodrilos que se paseaban ociosos y tranquilos sobre las aguas por encima de las cataratas en el paso de una orilla á otra, los rebaños que iban á beber á las orillas del lago, todos estos detalles añadan su viviente atractivo al de la risueña naturaleza, y componian un conjunto tan halagüeño como es posible figurarse.

La expedición habia conseguido su objeto. Yo veía al antiguo Nilo salir del Victoria N'yanza: me convenia, segun habia previsto, de que aquel gran lago da origen al rio sagrado en que flotó Moisés siendo niño. Es cierto que sentia que mil detenciones inevitables me hubiesen impedido examinar en el rincón Nordeste del N'yanza aquel estrecho tan nombrado que le une á otro lago (Baringo), donde la gente del Uganda vá á buscar sal y de donde corre hácia el Norte otro rio que ciñe al Usaga con un verdadero cinturón de agua; pero no por eso estaba menos agradecido á la Providencia por lo que me habia permitido llevar á cabo, pues habia visto por mí mismo la mitad del lago, y de la otra mitad me habia proporcionado noticias que me ponian en el caso de aclarar algunos puntos esenciales de la ciencia geográfica.

Resumamos ahora todas las noticias adquiridas y veamos lo que ellas valen. Resultaba para mí de informes cuidadosamente comprobados que á la orilla oriental del lago hay tanta agua, y acaso mas que á la orilla opuesta. Su extremo mas lejano, que forma el verdadero punto de partida del Nilo, se acerca al 3° de latitud Sur, y da al rio, medido en línea recta, la admirable longitud de 24°, ó sea 2,300 millas, cuyo número excede de la undécima parte de la circunferencia del globo. Si desde este extremo Sur seguimos la orilla occidental hasta el punto en que sale del lago el brazo grande del Nilo, solo encontramos un tributario de alguna importancia, que es el Kitangulé; si seguimos desde este mismo extremo meridional el lado opuesto, hasta el estrecho que une los dos lagos, no hay al parecer ningun rio importante. Los árabes que viajan declaran unánimemente, que desde la vertiente occidental del Kilimanjaro nevado hasta en los puntos en que el lago toca al 1° y al 3° de latitud Sur, existen lagos salados, llanuras de sal

y eminencias á las del Unyamuezi; pero dicen tambien que aquel pais no está atravesado por ninguna corriente de agua, y que durante sus viajes de comercio se ven reducidos á hacer largas jornadas para encontrar algun miserable arroyo. Además, aquellos que durante el último interregno han penetrado en el Usoga pasando el estrecho de los dos lagos, aseguran no haber pasado ningun rio.

Queda por resolver la duda de si aquel «lago salado» es un «lago de agua dulce» como creo, porque ya he dicho que los indígenas llaman lagos salados á todos aquellos en que encuentran, ya capas salinas, ya islotes mas ó menos salitrosos. El doctor Krapf, que llegó á ver el monte Kenia, supo por los indígenas que existia al Norte de aquella montaña un gran lago salado, y le dijeron tambien que corria un rio entre el Kenia y el Nilo. Si no ha sido engañado sobre este asunto, debe existir indudablemente alguna relacion entre el rio que cita y el lago salado de que me hablaron, y tambien probablemente entre el lago salado y el que le dijeron que llevaba el nombre de Baringo. Por lo demás, este asunto, que permanece incierto, no interesa ni contradice en nada al hecho bien determinado de que el punto de origen del Nilo está en el 3° de latitud Sur en el mismo sitio en que en 1858 marqué el extremo meridional del Victoria N'yanza. He dado á dichas cataratas el nombre de Ripon, porque es el del presidente que durante los preparativos de mi expedición dirigia los trabajos de la *Royal geographical society*. El brazo de agua de donde sale el Nilo ha recibido el de Canal de Napoleón en testimonio de respeto y de gratitud á la Sociedad geográfica francesa, que me ha concedido su medalla de oro, por el descubrimiento del Victoria N'yanza, en el momento en que salia de Inglaterra. Hay un fenómeno que al principio me ofreció alguna duda; el volúmen del Kitangulé me parecia tan grande como el del Nilo; pero teniendo en cuenta que uno corre con gran lentitud, y el otro con suma velocidad, se comprenderá que es casi imposible formar juicio exacto de su importancia relativa.

29 de julio.—Poco satisfecho del bosquejo que hice ayer al llegar, no he podido menos de volverle á empezar hoy; además, como el estado de la atmósfera cargada de nubes no era á propósito para determinar la latitud, y como el oficial del distrito me ponderaba la vista que se disfruta sobre el lago desde lo alto de la colina que nos le oculta, dije que queria ir allí; pero Kasoro se opuso formalmente á aquel proyecto, diciendo que no se podria nunca saciar mi curiosidad, sin embargo de que le he regalado algunas pieles de antilope Nsamma y algunas pintadas. Las órdenes del rey decian simplemente que me dejasen ver las «Piedras;» si me llevaban á la cumbre de una colina, querria ver otra, despues otra y asi sucesiva-

mente. Aquella observacion me hizo reir, porque tal es en efecto mi carácter desde que estoy en el mundo. En realidad, aquello me disgustó: hubiera querido engañar á mi jóven tirano, y pedí unas barcas como si quisiese ir á caza de hipopótamos, con la esperanza de que la necesidad de saltar á tierra para comer, me proporcionaria la ocasion de subir á la altura prohibida; pero en la consigna nada se decia de barcas, y Kasoro permaneció sordo á mi petición. «Entonces, repliqué, buscadme pescado; deseo almorzar... —No; las órdenes no hablan de eso.—Pues volveos á palacio, y mañana saldré para Urondogani cuando haya determinado la latitud.» Tampoco quiso; el testarudo personaje no queria marcharse hasta despues de haberme puesto en camino. Al dia siguiente Bombay marchó con Kasoro con el encargo de pedir al rey que me enviase á Sakibobo mismo, y una orden que nos diese derecho á cinco barcas, cinco vacas y cinco cabras, y además el permiso de ir donde yo quisiera, hacer lo que me pareciese y pedir el pescado necesario para nuestra subsistencia. Entonces volví atrás y llegué á Urondogani. El 5 de agosto nos instalamos en aquella agradable comarca, donde las mujeres de Mlondo no permitian que careciésemos de pombé, bananas ni patatas, sin contar el pescado que cogíamos de cuando en cuando ni la caza que nos proporcionaba mi fusil, por lo cual hemos pasado hasta el dia 10 una vida muy agradable. Aquel dia, la vuelta de Bombay y de Kasoro nos obliga á volver á nuestra tarea. Aquellos caballeros han atravesado para ir al palacio de Mtesa hasta doce corrientes de agua, todas importantes (entre otras el Luayerrí), que salian del lago. Al dia siguiente de haberme dejado en Kira obtuvieron una audiencia real, porque Mtesa creyó que Bombay iba á anunciarle mi muerte como resultado de algun accidente imprevisto. Su sorpresa fue grande cuando le dijeron que no habia sucedido nada parecido, sino que los oficiales de Urondogani se habian mostrado intratables, no queriendo someterse mas que á la autoridad directa del Sakibobo. Este se hallaba presente, y el rey le mandó prender en el acto.

«¿Quién es pues el señor, esclamaba con energía, si las órdenes de este hombre son preferidas á las mías?»

Luego, volviéndose hácia el Sakibobo, le preguntó «á qué precio queria pagar su libertad.» Aquel vasallo, comprendiendo que su vida pendia de un hilo, contestó sin vacilar «que fijaba su rescate en ochenta vacas, ochenta cabras, ochenta esclavos, ochenta mbugus, ochenta cargas de manteca, otro tanto de café, otro tanto de tabaco y otro tanto de todos los productos del Uganda.» Le fue pues devuelta su libertad, y luego, como Bombay presentó mi petición en los términos que se ha visto mas arriba, el rey dijo:

«Estad seguro de que todo lo que me pide el Bana le será concedido; pero no es necesario que le envíe al Sakibobo, porque mis pajes bastan para llevar mis órdenes á los príncipes y á los súbditos. Kasoro llevará instrucciones amplias y os escoltará como antes, y Budya y él además acompañarán al Bana al Gani.»

Sin embargo, pasaron cuatro dias antes de que mis enviados tuviesen permiso para marchar con el ganado que el rey les habia dado, y además, un oficial encargado de buscar las barcas que necesitábamos. En la última audiencia que les fue concedida, el rey tenia delante cuatro mujeres agrupadas en un rincón del patio, que acaba de mandar prender y de condenar á muerte. Propuso enviármelas, pero como Bombay vacilase, porque, segun dijo, «no tenia permiso para llevar mujeres,» Mtesa, sin mas exámen, le regaló una y le indicó para distraerle «que mandase cortar en pedazos á las tres que quedaban.» Bombay salió admirablemente de aquella difícil situacion haciendo presente «que al Bana no le gustaba ser testigo de semejantes crueldades, y que un servidor fiel no debia procurarse espectáculos anti-páticos á su amo.»

Terminados nuestros asuntos con el gobierno del Uganda, quedaba que arreglar otra cosa mas difícil, á saber: nuestra entrada en el Uñoro, cuyo soberano Kamrasi, que toma como Agamemnon el título de padre ó jefe de todos los reyes, es en realidad un pobre monarca muy intranquilo, muy meticulado, no menos asustado con nuestros inusitados modales, que atormentado por el temor á los vuagandas, que hace mucho tiempo multiplican sus rapiñas en sus dominios.

Tuvo lugar un ataque á mano armada de los habitantes de las orillas del Nilo, súbditos suyos, contra nuestra flotilla, empresa que costó la vida á dos de aquellos infelices, y esta circunstancia, ciertamente, no era á propósito para vencer las dificultades que veia yo amontonarse por aquella parte.

Sentí menos sorpresa que inquietud, al ver que venian detrás, cuando menos lo pensaba, Grant y su acompañamiento, á quienes creia delante de mí.

Volvia pies atrás en virtud de órdenes espresas de Kamrasi que nos hacia dos acusaciones principales: la primera, deducida de la idea de que éramos antropófagos; y la segunda, de que entrando en el pais por dos puntos diferentes, saliendo de una comarca habitualmente hostil, dábamos lugar á legítimas sospechas.

Todo se arregló sin embargo con tiempo y paciencia. Kamrasi, movido por haber visto que nos retirábamos á la primera intimacion, nos invitó oficialmente á volver, y por fin el 9 de agosto pudimos acampar á la vista de su palacio.